



GRUPO C

TERESA DE JESÚS Y DOÑA LUISA DE LA CERDA

Aborrecí el desear ser señora¹

“Este concierto querría hiciésemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo... procurásemos juntarnos alguna vez para desengañarnos unos a otros y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios; que no hay quien tan bien se conozca a sí como conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos”².

Nos acercamos con reverencia a la vida de Teresa y de D. Luisa de la Cerda, e intentamos descubrir luz para nuestro caminar como MTA y como Familia Teresiana de Enrique de Ossó.

Leer el texto, compartir y contestar las siguientes preguntas.

Concretar dos o tres acciones posibles.

- Modo en que Teresa de Jesús se relaciona con Doña Luisa de la Cerda.
- Características de la relación.
- ¿Qué valora Teresa de Doña Luisa de la Cerda?
- ¿Qué luces recibimos de la relación entre Teresa y Doña Luisa que nos hablan de cómo podemos ayudarnos mutuamente en el MTA y en la Familia Teresiana de Enrique de Ossó? Concretar dos o tres acciones posibles.

Siete son las cartas de Teresa dirigidas a doña Luisa de la Cerda que se conservan. Pero, además, estamos ante una mujer mencionada por la santa en numerosas ocasiones a lo largo de su obra. En efecto, se produjo entre ambas una relación de amistad desde el primer encuentro, propiciado por el provincial de los carmelitas, Ángel de Salazar, a comienzos de 1562. Teresa, obedeciendo el mandato de su superior, pasó casi siete meses (de enero a julio) en el palacio de la dama en Toledo.

Historia familiar de doña Luisa

Doña Luisa, tras enviudar, había caído en un estado de tristeza y melancolía que le hizo solicitar la presencia de la ya popular Teresa de Ahumada, monja de la Encarnación de Ávila. Así lo relata María de san José, que, desde niña, se había criado en el palacio toledano:

Antes que fundase el primer monasterio de descalzas, siendo monja en la Encarnación, donde tenía grande opinión de santa, y teniendo noticia de ella una señora, hija de un grande de este reino, la pidió para su consuelo por estar recién viuda y tan afligida, que todos le procuraban traer las personas santas que había; porque, como cristianísima, con solo esto se consolaba, y así le trajeron al Padre F. Pedro de Alcántara, de quien hace nuestra santa Madre memoria en sus libros, y así vino la santa por obediencia de sus preladados (María de san José, II Recreación¹).

¹ V. 34, 4.

² V 16, 7.



Hija del II duque de Medinaceli, Juan de la Cerda y de su segunda mujer, María de Silva y Toledo, pertenecía a una de las familias de España de más rancio abolengo y más elevada renta. Pero la de doña Luisa es una historia marcada por la desdicha familiar, ya desde antes de su matrimonio con uno de los nobles más ricos de Castilla, Antonio Ares Pardo de Saavedra.

Sabemos que siendo aún muy joven, aprovechándose del desamparo de su orfandad, la dejó embarazada Diego Hurtado de Mendoza, príncipe de Mélito. Este, con merecida fama de mujeriego, estaba ya casado con Catalina de Silva, prima hermana de doña Luisa, y era padre de una hija, doña Ana de Mendoza, nacida en 1540, la futura princesa de Éboli². Tuvo así doña Luisa una hija, Isabel de Mendoza, que sería apartada de ella y criada por la familia del príncipe. Cuando, en 1629, un nieto de doña Isabel, Diego de Bernuy, solicitara le fuera concedido el hábito de la Orden de Santiago, se hizo la necesaria averiguación sobre su ascendencia, y primó, naturalmente, la pureza de sangre sobre la ilegitimidad, por lo que le fue concedido. Esta información la recoge el P. Céspedes en su informe para la ocasión:

«La madre de doña Isabel había sido doña Luisa de la Cerda, hija de don Juan de la Cerda y doña María de Silva, duques de Medinaceli, porque aviendo muerto el duque y siendo de poca edad doña Luisa, el príncipe de Mélito las asistió mucho y tuvo gran correspondencia en la casa [...]. Y, en este tiempo, uvo doncella a doña Luisa [...] la cual parió en Madrid a doña Isabel de Mendoza»³.

Tras este oscuro episodio, ocurrido en torno a 1544, fecha del fallecimiento de sus padres, doña Luisa contraerá matrimonio, en 1547, con el entonces viudo Antonio Ares Pardo, Mariscal de Castilla y sobrino del cardenal Tavera⁴.

En los escasos catorce años de matrimonio nacerían siete hijos, de los cuales, como era habitual en la época, tres fallecieron en la infancia: Fernando, Diego y Guiomar. Cuatro vivirían en el palacio toledano a la llegada de Teresa: María, Juan, Catalina y Guiomar (otra hija del mismo nombre que la anterior, fallecida). Pero la muerte seguiría visitando a la familia.

Teresa en el ambiente palaciego

A este hogar palaciego, llegaría, a comienzos del año 1562, Teresa de Ahumada. El edificio era propiedad de Antonio Ares Pardo desde 1558. Allí se iniciaría entre las dos mujeres una relación de amistad, que duraría hasta la muerte de la santa. A esta señora, «buena y muy temerosa de Dios», Teresa dedica grandes elogios: «Con ser de las principales del reino, creo hay pocas tan humildes, y de mucha llaneza» (V 34, 5).

A pesar de todo, grandes diferencias las separaban:

“Cuando estaba con aquella señora que he dicho, me acaeció una vez, estando yo mala del corazón [...], como era de mucha caridad, hízome sacar joyas de oro y piedras, que las tenía de gran valor, en especial una de diamantes que apreciaban en mucho. Ella pensó que me alegraran; yo estaba riéndome entre mí y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres” (V 38,4).

Si Teresa había tenido alguna vez aspiraciones de grandeza, parece que, al contacto con este mundo, falso y esclavizante, las perdió por completo:



«Saqué una ganancia muy grande, y decíasele. Vi que era mujer y tan sujeta a pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío, y cómo, mientras es mayor, tienen más cuidados y trabajos,

y un cuidado de tener la compostura conforme a su estado, que no las deja vivir; comer sin tiempo ni concierto, porque ha de andar todo conforme al estado y no a las complexiones. Han de comer muchas veces los manjares más conformes a su estado que no a su gusto. Es así, que de todo aborrecí el desear ser señora» (V 34, 5).

Durante la primera estancia en el palacio de doña Luisa, en 1562, Teresa pudo contactar con personas destacadas del ambiente espiritual castellano, como Pedro de Alcántara, franciscano reformador o la beata carmelita María de Jesús Yepes, fundadora del convento de la Imagen en Alcalá, según la regla primitiva. Un encuentro providencial fue también el que vivió con María de Salazar, futura carmelita descalza, y entonces dama de doña Luisa. La joven quedó cautivada por la personalidad de Teresa y comenzó a fraguarse en ella una auténtica vocación al Carmelo. Más adelante, se convertirá en una de las más destacadas figuras del teresianismo primitivo. Tomará el hábito en 1570 en Malagón.

La santa recuerda también algunos sinsabores de aquel paso por el palacio: «no estuve libre de trabajos y algunas envidias que tenían algunas personas del mucho amor que aquella señora me tenía. Debían por ventura pensar que pretendía algún interés» (V 34, 5).

Pero fue un tiempo provechoso. Teresa dedicó esos meses a redactar la versión definitiva del *Libro de la Vida*, con idea de hacérselo llegar al maestro Juan de Ávila, a fin de que este experto en vida espiritual dijera una palabra de autoridad sobre su experiencia mística. También doña Luisa de la Cerda sería la encargada de hacerle llegar al apóstol de Andalucía esta primera obra teresiana.

Fundación de Malagón

En 1568, Teresa regresa a Toledo. Ya es fundadora de dos monasterios, el de Ávila y el de Medina del Campo. Ahora, doña Luisa le pide que funde uno en su señorío de Malagón (Ciudad Real), una pequeña villa que no daba para vivir de limosna, con lo que Teresa ha de aceptar fundar con renta. Llega al palacio a firmar las escrituras de la nueva fundación. El nuevo Carmelo quedaría erigido de manera provisional en una casa pobre de Malagón. Más tarde, en 1579, Teresa regresaría para dirigir las obras de la nueva vivienda.

De las siete cartas que se conservan dirigidas a doña Luisa, seis son del año de esa fundación, 1568. Las cuatro primeras no están dirigidas a Toledo sino a Antequera (Málaga). Allí, la dama acude con su hijo Juan Pardo y un grupo de acompañantes, en busca de ciertas aguas con propiedades medicinales, las de Fuente de Piedra, con el propósito de lograr la curación del joven. Doña Luisa lleva la encomienda de entregar al maestro Ávila el autógrafo del *Libro de la Vida*. En el epistolario teresiano percibimos el nerviosismo de la santa, preocupada porque su confesor, el P. Domingo Báñez, puede descubrir la falta del libro, y porque doña Luisa no se apresta a hacer la entrega con la rapidez que ella quisiera.

Teresa teme que el Maestro Ávila, de salud muy quebrantada, fallezca antes de recibirlo y dictaminar. Por eso, le insiste a su amiga de todas las maneras posibles, argumentando que se ha informado de que, desde Antequera, Montilla (Córdoba) está a solo una jornada de camino. Finalmente, logra su objetivo, y escribe nuevamente a doña Luisa, esta vez, exultante por el éxito de la empresa y la carta del P. Ávila, que la llena de consuelo y seguridad en su experiencia espiritual:



«Lo del libro trae vuestra señoría tan bien negociado que no puede ser mejor, y así olvido cuantas rabias me ha hecho. El maestro Ávila me escribe largo, y le contenta todo; solo dice que es menester declarar más unas cosas y mudar los vocablos de otras, que esto es fácil. Buena obra ha hecho vuestra señoría; el Señor

se lo pagará, con las demás mercedes y buenas obras que vuestra señoría me tiene hechas. Harto me he holgado de ver tan buen recaudo, porque importa mucho; bien parece quién aconsejó se enviase» (2 noviembre 1568).

Fundación de Toledo

Al año siguiente, 1569, Teresa volverá a encontrarse con su amiga a raíz de la nueva fundación en Toledo. En esta ocasión, todo son dificultades para fundar: no se quiere conceder el permiso, a pesar de que existe renta, ni se encuentra quien alquile casa...hasta doña Luisa parece desentenderse y no ayudar a su amiga. La razón, Teresa la sospecha:

«En los días que había tratado de la fundación con Alonso Álvarez, eran muchas las personas a quien parecía mal, y me lo decían, por parecerles que no eran ilustres y caballeros, aunque harto buenos en su estado -como he dicho-, y que en un lugar tan principal como éste de Toledo que no me faltaría comodidad. Yo no reparaba mucho en esto, porque, gloria sea a Dios, siempre he estimado en más la virtud que el linaje» (F 15, 14).

Y Teresa se lamenta de cómo doña Luisa, con tantas influencias y dinero, no la socorrió. Los prejuicios de casta (se trataba de una fundación financiada por conversos) se impusieron a las leyes de la amistad. Con todo, la fundación se acabó realizando, y la santa intenta disculparla:

«Parecerá imposible, estando en casa de aquella señora que me quería tanto, entrar con tanta pobreza. No sé la causa, sino que quiso Dios que experimentásemos el bien de esta virtud. Yo no se lo pedí, que soy enemiga de dar pesadumbre; y ella no advirtió, por ventura» (F 15, 13).

Amigas

El epistolario teresiano ofrece interesante información sobre la relación entre ambas mujeres. Teresa presenta una necesidad, y doña Luisa no siempre se muestra diligente en su respuesta. Obedece a sus propios criterios e intereses. Así se observa en el tema de la vivienda de las monjas de Malagón. Durante diez años vivieron “provisionalmente” en un caserón, y Teresa reclama de vez en cuando a doña Luisa que remedie la situación:

«Yo me voy a Toledo y pienso no salir de allí hasta que doña Luisa dé algún medio en esta casa. Ahora dice enviará un oficial aquí, mas harto tibiamente». En otra ocasión, Teresa se muestra optimista respecto a la generosidad de su amiga: «Ayer estuvo acá doña Luisa, y pienso acabaré con ella que dé cuatro mil ducados este año, que no había de dar sino dos mil». En una carta a Gracián le habla claramente de su contrariedad sobre el lugar de la fundación: «Un mensajero hice luego a doña Luisa; esperándole estoy y determinada, si no lo hace bien, de procurar las pase a la casa que tiene en Paracuellos, hasta que aquí la haga, que está tres leguas de Madrid y dos de Alcalá, a lo que me parece, y muy sano lugar, que allí quisiera yo harto hiciera el monasterio, y nunca quiso (...) En fin, si ahora no responde bien, iré a Toledo para que la hablen algunas personas, y no saldré de allí hasta que de una manera o de otra se remedie esto».



También Teresa busca a doña Luisa como intermediaria en varios asuntos. Así, trata de hacer valer su influencia (y la de su hermano Fernando de la Cerda) para encontrar un trabajo a su cuñado Juan de Ovalle.

«Tengo poco lugar para hacer esto, y así solo diré que tengo hartos cuidados de ese negocio. Dos veces he escrito a la señora doña Luisa, y ahora la pienso escribir otra; ya me parece tarda. Ciertamente, he puesto y pongo lo que he podido. Haga Dios lo que es mejor para la salvación de vuestras mercedes, que es lo que hace al caso. No hay para qué enviarla nada, que he miedo sea todo perdido; antes me pesa de lo que se gastó en ir a Toledo, de que no veo nada. A su hermano no sería malo hacer alguna gracia, que en fin es amor, y no se pierde nada, que ellos no la saben hacer si no piensan sacar algo».

También se busca la mediación e influencia de doña Luisa para conseguir permisos fundacionales del Padre General (o del Papa), a través del tío de su yerno, Juan de Zúñiga, embajador de España ante la Santa Sede:

«...el doctor Velázquez [...] hame mandado por vía de la señora doña Luisa, por vía del embajador, procure se alcance del general, y si no del Papa. Dice que le digan que son espejos de España, que él dará la traza».

Teresa se vale también de los contactos de su amiga para saber de su *Libro de la Vida*, retenido durante años por la Inquisición:

«De mis papeles hay buenas nuevas. El inquisidor mayor mismo los lee, que es cosa nueva (débenselos haber loado); y dijo a doña Luisa que no había allí cosa que ellos tuviesen que hacer en ella, que antes había bien que mal; y díjola que por qué no había yo hecho monasterio en Madrid. Está muy en favor de los descalzos; es el que ahora han hecho arzobispo de Toledo. Creo que ha estado con él allá en un lugar doña Luisa y llevó muy a cargo este negocio, que son grandes amigos, y ella me lo escribió. Presto vendrá y sabré lo demás» (A Lorenzo de Cepeda, 27-28 febrero 1577).

En abril de 1582, a tan solo unos meses de su muerte, menciona Teresa a doña Luisa en una carta a Ana de los Ángeles, a quien le pide que le escriba en su nombre, solicitando ayuda para la apertura del nuevo monasterio en Madrid.

Pero no todo son peticiones. También Teresa se acuerda de ella cuando le llega algún producto exótico del Nuevo Mundo enviado por María de San José desde Sevilla, algún dulce o algún regalo curioso que ella guarda para la señora que tanto les favorece:

«Hoy ha estado acá doña Luisa y le di de ellos [confites], que, a pensar yo que los tenía en tanto, se los enviara en su nombre, que con cualquier cosa se huelga mucho, y más bien parece a nosotras dar poco a estas señoras» (A María de San José, 26 de enero 1577).

«Espantadas tiene estas monjas de lo que me envió. Vino para poderse comer, y lo demás muy lindo, y los relicarios lo son. El grande es mejor para la señora doña Luisa, que se ha aderezado muy bien, que vino quebrado el viril; pusimos otro y en el pie un molde» (A María de San José, 28 de febrero 1577).

Los “trabajos” de doña Luisa

«Harto siento sus trabajos». La vida familiar de doña Luisa está marcada por la pena y la desgracia. Desde que se conocieron, a raíz de la muerte del esposo Ares Pardo, la muerte no ha dejado de visitar ese hogar. Muchas de las alusiones a la amiga toledana en las cartas expresan el dolor ante las dificultades que vive.



Así, sabemos de la muerte del hijo mayor, D. Juan Pardo, a los 21 años, después de haber buscado su salud con los remedios a su alcance, como el viaje a las aguas de Fuente de Piedra. Todo inútil.

En abril de 1577, en carta al P. Ambrosio Mariano, comenta Teresa: « ¿Qué le parece del trabajo de la señora doña Luisa? Está ella y su hija bien afligidas. Encomiéndelas a Dios». Acababa de fallecer el primer marido de doña Guiomar, la heredera de la familia, que morirá después de tres matrimonios, sin hijos.

A Jerónimo Gracián, un año más tarde, le escribe en estos términos: «A doña Luisa de la Cerda se le ha muerto la hija más pequeña, que me tiene lastimadísima los trabajos que da Dios a esta señora. No le queda sino la viuda» (abril 1578). Había fallecido Catalina, la hija menor, aún soltera.

También encontramos una alusión al afán de la familia por tener descendencia, ahora ya del segundo matrimonio de doña Guiomar, con Juan Enríquez de Guzmán y Toledo, conde de Alba de Liste. Así, Teresa le pide a la priora de Sevilla que rece para que Dios «dé sucesión a doña Guiomar -que es lástima cuál está madre e hija de que no la tiene y tómenlo muy a cargo, que bien se lo debe-. Es muy buena cristiana; mas esto tómanlo con gran fatiga». El pesar de doña Guiomar y de su madre, esa “fatiga” de que habla Teresa no pudo verse trocada en gozo con el nacimiento de un hijo, ni de este ni del tercer matrimonio. Doña Guiomar moriría como último miembro de la familia, extinguiendo así la línea Pardo-Tavera, en 1622.

VIDA 34

1. Pues por mucho cuidado que yo traía para que no se entendiese, no podía hacerse tan secreto toda esta obra, que no se entendiese mucho en algunas personas. Unas lo creían y otras no. Yo temía hartos que, venido el Provincial, si algo le dijese de ello, me había de mandar no entender en ello, y luego era todo cesado. Proveyólo el Señor de esta manera: que se ofreció en un lugar grande, más de veinte leguas de éste, que estaba una señora muy afligida a causa de habérsele muerto su marido. Estábalo en tanto extremo, que se temía su salud. Tuvo noticia de esta pecadorcilla, que lo ordenó el Señor así, que la dijese bien de mí para otros bienes que de aquí sucedieron. Conocía esta señora mucho al Provincial, y como era persona principal y supo que yo estaba en monasterio que salían, pónale el Señor tan gran deseo de verme, pareciéndole que se consolaría conmigo, que no debía ser en su mano, sino luego procuró, por todas las vías que pudo, llevarme allá, enviando al Provincial, que estaba bien lejos. El me envió un mandamiento, con precepto de obediencia, que luego fuese con otra compañera. Yo lo supe la noche de Navidad.

2. Hízome algún alboroto y mucha pena ver que, por pensar que había en mí algún bien, me quería llevar, que, como yo me veía tan ruin no podía sufrir esto. Encomendándome mucho a Dios, estuve todos los maitines, o gran parte de ellos, en gran arrobamiento. Díjome el Señor que no dejase de ir y que no escuchase pareceres, porque pocos me aconsejarían sin temeridad; que, aunque tuviese trabajos, se serviría mucho Dios, y que para este negocio del monasterio convenía ausentarme hasta ser venido el Breve; porque el demonio tenía armada una gran trama, venido el Provincial; que no temiese de nada, que El me ayudaría allá.

Yo quedé muy esforzada y consolada. Díjelo al rector. Díjome que en ninguna manera dejase de ir, porque otros me decían que no se sufría, que era invención del demonio para que allá me viniese algún mal: que tornase a enviar al Provincial.

3. Yo obedecí al rector, y con lo que en la oración había entendido iba sin miedo aunque no sin grandísima confusión de ver el título con que me llevaban y cómo se engañaban tanto. Esto me hacía importunar más



al Señor para que no me dejase. Consolábame mucho que había casa de la Compañía de Jesús en aquel lugar adonde iba y, con estar sujeta a lo que me mandasen, como lo estaba acá, me parecía estaría con alguna seguridad.

Fue el Señor servido que aquella señora se consoló tanto, que conocida mejoría comenzó luego a tener y cada día más se hallaba consolada. Túvose a mucho, porque -como he dicho- la pena la tenía en gran aprieto; y debíalo de hacer el Señor por las muchas oraciones que hacían por mí las personas buenas que yo conocía porque me sucediese bien. Era muy temerosa de Dios y tan buena, que su mucha cristiandad suplió lo que a mí me faltaba. Tomó grande amor conmigo. Yo se le tenía hartado de ver su bondad, mas casi todo me era cruz; porque los regalos me daban gran tormento y el hacer tanto caso de mí me traía con gran temor. Andaba mi alma tan encogida, que no me osaba descuidar, ni se descuidaba el Señor. Porque estando allí me hizo grandísimas mercedes, y éstas me daban tanta libertad y tanto me hacían menospreciar todo lo que veía -y mientras más eran, más-, que no dejaba de tratar con aquellas tan señoras, que muy a mi honra pudiera yo servir las, con la libertad que si yo fuera su igual.

4. Saqué una ganancia muy grande, y decíaselo. Vi que era mujer y tan sujeta a pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío, y cómo, mientras es mayor, tienen más cuidados y trabajos, y un cuidado de tener la compostura conforme a su estado, que no las deja vivir; comer sin tiempo ni concierto, porque ha de andar todo conforme al estado y no a las complexiones. Han de comer muchas veces los manjares más conformes a su estado que no a su gusto.

Es así que de todo aborrecí el desear ser señora. - ¡Dios me libre de mala compostura!-, aunque ésta, con ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes, y de mucha llaneza. Yo la había lástima, y se la he, de ver cómo va muchas veces no conforme a su inclinación por cumplir con su estado. Pues con los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenía buenos. No se ha de hablar más con uno que con otro, sino al que se favorece ha de ser el malquisto.

Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo es llamar señores a las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas.

5. Fue el Señor servido que el tiempo que estuve en aquella casa se mejoraban en servir a Su Majestad las personas de ella, aunque no estuve libre de trabajos y algunas envidias que tenían algunas personas del mucho amor que aquella señora me tenía. Debían por ventura pensar que pretendía algún interés. Debía permitir el Señor me diesen algunos trabajos cosas semejantes y otras de otras suertes, porque no me embebiese en el regalo que había por otra parte, y fue servido sacarme de todo con mejoría de mi alma.